

## La confesión trae libertad

Quien encubre su pecado jamás prospera;  
quien lo confiesa y lo deja, halla perdón.

Proverbios 28:13

La gracia de Dios, según se revela en el evangelio de Cristo, es la fuerza impulsora detrás de la pacificación. “Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Esta increíble noticia revela nuestra pecaminosidad radical; nada podía salvarnos excepto la muerte del único Hijo de Dios. Pero también revela la profundidad de la misericordia radical de Dios; ¡Él entregó a su Hijo para morir por nosotros! Al reflexionar sobre el evangelio de Cristo y regocijarnos en él, ocurren dos cosas. Nos despojamos de nuestro orgullo y nuestra actitud defensiva, y podemos abandonar nuestra ilusión de ser moralmente superiores, examinarnos honestamente y encontrar libertad de la culpa y el pecado reconociendo nuestras faltas. Al mismo tiempo, el evangelio nos muestra cuán importante la reconciliación es para Dios, lo cual nos inspira a hacer todo lo que podamos para reparar cualquier daño que hayamos causado a otros y ser reconciliados con quienes hemos ofendido. Este proceso de restauración involucra cuatro actividades: arrepentimiento, autoexamen, confesión y cambio personal.

### **El arrepentimiento es más que un sentimiento**

El arrepentimiento es el primer paso para obtener libertad del pecado y el conflicto. El arrepentimiento no es algo que podemos hacer por nuestra cuenta; es un don de Dios por el cual debemos orar continuamente, mediante el cual Él nos convence de nuestro pecado y nos muestra el camino hacia la libertad (2 Timoteo 2:24–26). El arrepentimiento no significa que simplemente nos sentimos tristes e incómodos. Tampoco involucra una mera disculpa. Arrepentirse, literalmente, significa cambiar la forma de pensar. Por lo tanto, el arrepentimiento a veces se describe como “volver en sí” (ver Lucas 15:17; 2 Timoteo 2:25, 26). Involucra despertarse al hecho de que nos hemos estado engañando y que nuestras ideas, actitudes, valores o metas han sido incorrectos. Si este cambio de pensamiento es genuino, llevará a una renuncia del pecado y una vuelta a Dios (Ezequiel 14:6; Hechos 3:19). Este proceso se describe en Isaías 55:7: “Que abandone el malvado su camino, y el perverso sus pensamientos. Que se vuelva al Señor, a nuestro Dios, que es generoso para perdonar, y de él recibirá misericordia”.

Si bien el arrepentimiento está acompañado generalmente por pena, simplemente sentirse mal no demuestra que uno está arrepentido. De hecho, hay una diferencia sideral entre el simple remordimiento y el arrepentimiento genuino. Como Pablo explicó a los

corintios: “Sin embargo, ahora me alegro, no porque se hayan entristecido sino porque su tristeza los llevó al arrepentimiento. Ustedes se entristecieron tal como Dios lo quiere, de modo que nosotros de ninguna manera los hemos perjudicado. La tristeza que proviene de Dios produce el arrepentimiento que lleva a la salvación, de la cual no hay que arrepentirse, mientras que la tristeza del mundo produce la muerte” (2 Corintios 7:9, 10).

La tristeza del mundo significa sentirse triste porque lo atraparon haciendo algo o porque tiene que sufrir las consecuencias desagradables de sus acciones, como una pérdida financiera, un matrimonio roto, una reputación dañada o una culpa persistente. Toda persona normal se sentirá apenada ante estas circunstancias desagradables. Sin embargo, en poco tiempo la tristeza del mundo desaparece, y la mayoría de las personas comienzan a comportarse tal como lo hacían antes. En vez de cambiar su pensamiento y su conducta, simplemente hacen un esfuerzo mayor para no ser atrapadas nuevamente. Esta clase de remordimiento limitado sólo lleva a más pena.

En contraste, la pena piadosa significa sentirse mal porque uno ha ofendido a Dios. Significa lamentar sinceramente el hecho de que lo que uno hizo estuvo moralmente mal, independientemente de si debe sufrir o no consecuencias desagradables. Involucra un cambio de corazón, que es posible sólo cuando uno entiende que el pecado es una ofensa personal contra Dios mismo (2 Crónicas 6:37–39; ver Jeremías 31:19). La pena piadosa no siempre estará acompañada por sentimientos intensos, pero implica un cambio de pensamiento, que debería conducir a cambios de comportamiento.

Cuando Pablo dijo que el arrepentimiento lleva a la salvación, estaba refiriéndose no sólo a la salvación eterna, sino también al hecho de que los penitentes serían librados de patrones de hábitos pecaminosos (2 Corintios 7:10). El hecho de que el arrepentimiento genuino debería conducir a un cambio de comportamiento se confirma en otras partes de la Biblia. Por ejemplo, Juan el Bautista advirtió a la gente: “Produzcan frutos que demuestren arrepentimiento” (Mateo 3:8). De forma similar, Pablo predicó continuamente a la gente que “se convirtieran a Dios, y que demostraran su arrepentimiento con sus buenas obras” (Hechos 26:20).

## **Examínese**

Una evidencia del arrepentimiento sincero es una disposición a examinarnos profundamente, de forma que podamos descubrir nuestras equivocaciones y nuestros pecados. Las equivocaciones son producto de errores de juicio más que de pecado. Si bien está bien reconocer y reparar equivocaciones que han lastimado a otros, no necesitamos pasar por el mismo proceso profundo que se requiere para confesar y corregir nuestros pecados.

Hablando literalmente, pecar significa “errar el blanco”. También puede describirse como ‘no ser ni hacer lo que Dios ordena y hacer lo que Dios prohíbe’ (1 Juan 3:4). El pecado no es una acción contra un conjunto impersonal de reglas. Más bien, es una rebelión contra los deseos y los requisitos personales de Dios. Esto es así aun cuando nuestros pensamientos, palabras o acciones no estén dirigidos conscientemente contra Dios mismo. Hasta los agravios aparentemente menores contra otras personas son serios a los ojos de Dios, porque cada agravio es una violación de su voluntad (Génesis 39:9; Números 5:6, 7; Salmos 51:3, 4; Santiago 2:10, 11).

De hecho, podemos pecar contra Dios por omisión; sin hacer nada. Como nos dice Santiago 4:17: “Así que comete pecado todo el que sabe hacer el bien y no lo hace”. Por lo

tanto, si estamos involucrados en un conflicto y pasamos por alto oportunidades para servir a otros (no llevando sus cargas, no restaurándolos humildemente, etc.), somos culpables de pecado a los ojos de Dios.

Debido a que a la mayoría de nosotros no nos gusta reconocer que hemos pecado, tendemos a ocultar, negar o racionalizar nuestros agravios. Si no podemos tapar completamente lo que hemos hecho, tratamos de minimizar nuestras fallas diciendo que simplemente cometimos una “equivocación” o que fue un “error de juicio”. Otra forma de evitar hacernos cargo de nuestros pecados es desplazar la culpa hacia los demás o decir que otras personas nos hicieron actuar de la forma en que lo hicimos. Cuando nuestros agravios son demasiado obvios como para ignorarlos, practicamos lo que yo llamo la “Regla de 40/60”. Es algo así: “Bueno, sé que no soy perfecto, y reconozco que tengo parte de la culpa en este problema. Yo diría que un 40 por ciento de la culpa es mía. Eso significa que el 60 por ciento de la culpa es de ella. Dado que ella tiene 20 por ciento más de culpa que yo, ella debería ser la que pide perdón”. Nunca digo o pienso estas palabras exactamente, pero a menudo encuentro que recorro a esta táctica de formas sutiles. Al creer que mis pecados han sido más que cancelados por los pecados del otro, puede desplazar la atención de mi persona y evitar el arrepentimiento y la confesión.

Por supuesto, sólo nos estamos engañando cuando intentamos tapar nuestros pecados. Como dice 1 Juan 1:8: “Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad” (ver Salmos 36:2). Cada vez que nos rehusamos a enfrentar nuestros pecados, terminaremos pagando un precio desagradable. Es lo que descubrió el rey David cuando no se arrepintió inmediatamente de sus pecados. El Salmo 32:3–5 describe la conciencia culpable, el desarreglo emocional y aun los efectos físicos colaterales que experimentó hasta que confesó sus pecados a Dios.

Si le cuesta identificar y confesar sus pecados, hay dos cosas que puede hacer. Primero, pida a Dios que le ayude a ver su pecado claramente y a arrepentirse de él, independientemente de lo que otros puedan hacer (Salmos 139:23, 24). Luego, estudie su Palabra en oración y pídale que le muestre dónde sus caminos no se han alineado con los caminos de Él (Hebreos 4:12). Segundo, pida a un amigo espiritualmente maduro que lo aconseje y lo corrija (Proverbios 12:15; 19:20). Cuanta mayor edad tengo, menos confío en mí mismo para ser objetivo cuando estoy involucrado en un conflicto. Vez tras vez he sido bendecido al pedir a un amigo que critique francamente mi papel en un conflicto. No siempre me ha gustado lo que me han dicho mis amigos pero, al humillarme y someterme a su corrección, siempre he visto las cosas más claramente.

Al examinar su papel en un conflicto, hay muchas áreas que podría considerar. Estas son algunas áreas donde es más probable que usted pueda pecar cuando está enfrentado con otros.

### ***Usar su lengua como un arma***

La Biblia nos advierte que la lengua es frecuentemente una causa importante de conflicto: “Así también la lengua es un miembro muy pequeño del cuerpo, pero hace alarde de grandes hazañas. ¡Imagínense qué gran bosque se incendia con tan pequeña chispa! También la lengua es un fuego... Es un mal irrefrenable, lleno de veneno mortal” (Santiago 3:5, 6, 8b). Las palabras pecaminosas pueden asumir varias formas.

Las *palabras imprudentes*, dichas a la ligera y sin pensar, inflaman muchos conflictos. “El charlatán hiere con la lengua como con una espada, pero la lengua del sabio brinda

alivio” (Proverbios 12:18; ver Proverbios 13:3; 17:28; 21:33; 29:20). Si bien rara vez nos proponemos lastimar deliberadamente a otros con nuestras palabras, a veces no hacemos demasiado esfuerzo por *no* dañarlos. Simplemente decimos lo primero que nos viene a la mente sin pensar en las consecuencias. Al hacerlo, podemos lastimar u ofender a otros, lo cual sólo agrava el conflicto.

*Rezongar y quejarse* irrita y desalienta a los demás. También quita nuestros ojos de las cosas buenas que Dios y los demás hacen por nosotros. Cuando la gente siente que la estamos criticando o no estamos agradecidos por lo que hace, sólo es cuestión de tiempo para que surja el conflicto (Filipenses 2:14; Santiago 5:9).

La *falsedad* incluye toda forma de distorsión o engaño (Proverbios 24:28; 2 Corintios 4:2), que incluye mentira, exageración, decir sólo parte de la verdad o distorsionar la verdad enfatizando hechos favorables mientras minimizamos los que están en contra de nosotros. Cada vez que usamos palabras que dan una falsa impresión de la realidad, somos culpables de practicar el engaño. Al hacerlo, estamos siguiendo el ejemplo de Satanás mismo, que es conocido como “el padre de la mentira” (Juan 8:44; ver Génesis 3:13; Apocalipsis 12:9).

El *chisme* a menudo es tanto la chispa como el combustible del conflicto. “El perverso provoca contiendas, y el chismoso divide a los buenos amigos” (Proverbios 16:28). “Sin leña se apaga el fuego; sin chismes se acaba el pleito” (Proverbios 26:20). Chismorrear significa traicionar la confianza o tratar información desfavorable acerca de alguien con otra persona que no forma parte del problema o de la solución. Aun cuando la información tratada sea verdadera, el chisme siempre es pecaminoso y es una señal de inmadurez espiritual (2 Corintios 12:20; ver Proverbios 11:13; 20:19; 1 Timoteo 5:13).

La *calumnia* involucra decir palabras falsas y maliciosas acerca de otra persona. La Biblia nos advierte repetidamente acerca de este tipo de palabras (ej: Levítico 19:16; Tito 2:3), y nos ordena “ni meternos” con los calumniadores que no quieren arrepentirse (2 Timoteo 3:3–5). En especial, nos tiene que hacer reflexionar seriamente el hecho de que la palabra griega *diabolos*, que se traduce como “calumniador” o “acusador”, se usa treinta y cuatro veces en la Biblia como un título del diablo, el principal calumniador del mundo.

Las *palabras vanas* también pueden contribuir al conflicto, aun cuando uno no tenga ninguna intención de dañar. Viola la elevada norma de Dios para hablar a otros o de otros: “Eviten toda conversación obscena. Por el contrario, que sus palabras contribuyan a la necesaria edificación y sean de bendición para quienes escuchan” (Efesios 4:29). Las palabras vanas también significan no tomar en cuenta la advertencia de Jesús: “Pero yo les digo que en el día del juicio todos tendrán que dar cuenta de toda palabra ociosa que hayan pronunciado” (Mateo 12:36). Si usted memoriza estos pasajes y los usa conscientemente para filtrar sus palabras, podrán ayudarlo a evitar muchas palabras descuidadas, críticas y vanas, y decir sólo aquellas cosas que beneficiarán a los demás, los edificarán y promoverán su crecimiento espiritual.<sup>32</sup>

Las palabras pecaminosas contribuyen grandemente al conflicto. Además, pueden destruirnos de adentro hacia fuera. Como advierte 2 Timoteo 2:16, “Evita las palabrerías profanas, porque los que se dan a ellas se alejan cada vez más de la vida piadosa”. Si usted utiliza palabras imprudentes, falsedades, chismes, calumnias o palabras vanas, no sólo generará conflicto sino también erosionará su propio carácter y su relación con Dios. Por lo tanto, por el bien de la paz y el crecimiento espiritual, renuncie a todas estas palabras y busque la ayuda de Dios para superarlas.

### ***Controlar a los demás***

Pocas cosas causan más conflicto que tratar de controlar a otras personas. Algunos intentos de controlar a otros son abiertamente egoístas, como maximizar la propia ganancia o influencia a costa de otra persona (Génesis 29:15–30). Pero la clase más habitual de control involucra tratar de persuadir, manipular o forzar a las personas a hacer cosas que simplemente hacen que nuestras vidas sean más cómodas y convenientes. A veces justificamos nuestro control diciendo que estamos tratando de ayudar a otros a tomar decisiones que son para el mejor interés de ellos. Si bien es apropiado compartir preocupaciones genuinas por las decisiones de otros y ofrecerles consejos sinceros, cruzamos la raya y generamos conflicto cuando nos rehusamos a respetar sus decisiones y persistimos en tratar de hacerles cambiar de opinión, especialmente si es en realidad para nuestra propia comodidad, conveniencia o paz mental (ver 2 Timoteo 2:24–26).

### ***No cumplir con su palabra***

Muchos conflictos son resultado directo de que alguien no cumplió con un compromiso, sea que haya sido expresado en un contrato, un voto matrimonial, una promesa a Dios, o simplemente con un sí o un no (Mateo 5:33–37; ver Números 30:2; Deuteronomio 23:23; Proverbios 2:17). Dios espera que cumplamos con nuestra palabra, aun cuando hayamos asumido un compromiso imprudente, las cosas no salieron como esperamos o si será difícil cumplir con un compromiso (Salmos 15:4; Josué 9:1–19; Eclesiastés 5:1–7). Si usted ha hecho un compromiso impulsivo o si circunstancias imprevistas hacen que sea difícil que usted cumpla con su palabra, podrá apelar a la otra persona solicitándole misericordia y pedirle (no exigirle) ser liberado de su obligación (Proverbios 6:1–5; ver Mateo 18:22–33). En algunos casos, usted también podría ser liberado de su compromiso si la otra parte no cumple de forma sustancial su propia palabra (ej: Mateo 19:9; 1 Corintios 7:15). Si usted no puede ser liberado de una forma bíblica, pida a Dios que lo ayude a cumplir con su palabra y a aprender de su error.

### ***No respetar la autoridad***

Otra fuente común de conflicto es el abuso de autoridad o la rebelión contra la autoridad que Dios ha establecido en la iglesia, el gobierno, la familia y el lugar de trabajo. Toda autoridad legítima ha sido establecida por Dios, principalmente con el propósito de mantener la paz y el orden (Romanos 13:1–7). Él ha dado a los que están en autoridad órdenes estrictas acerca de no aprovecharse de sus cargos sino que más bien sirvan diligentemente y busquen el bienestar de quienes son llamados a liderar (Marcos 10:42–45; ver Efesios 5:25–33; 6:4, 9; 1 Pedro 3:7; 5:1–3). Cuando los líderes usan mal su autoridad y lo usan para sus propios objetivos, Dios mismo terminará por hacer que rindan cuentas por ese pecado (Deuteronomio 24:15; Job 31:13, 14; Jeremías 22:13; Malaquías 3:5; Colosenses 4:1; Santiago 5:4).

Al mismo tiempo, Dios ordena a quienes están bajo autoridad que se sometan a quienes están sobre ellos, tanto por Él como por el propio bien de ellos (Efesios 5:21–24; 1 Tesalonicenses 5:12, 13; 1 Timoteo 6:1, 2; Tito 2:9, 10; Hebreos 13:17). Debido a que la sumisión a la autoridad no es un concepto popular en estos días, se ofrecen una diversidad de excusas para justificar la remoción de la estructura de autoridad de Dios. Pero quienes se

rebelan contra una autoridad establecida bíblicamente están rebelándose contra Dios mismo (Romanos 13:2). R. C. Sproul escribe: “Toda autoridad está bajo Cristo. Cuando desobedecemos autoridades menores, somos culpables de desobedecer a Cristo. Uno no puede servir al Rey y honrar su autoridad rebelándose contra sus gobernantes designados. Decir que uno honra el reino de Cristo mientras desobedece su estructura de autoridad es ser culpable no sólo de hipocresía sino de traición cósmica”.<sup>33</sup>

El respeto por la autoridad es tan importante que Jesús nos ordena someternos a quienes están por encima de nosotros aun cuando se comporten hipócritamente o severamente (Mateo 23:1–3; 1 Pedro 2:13–3:6). En otras palabras, Dios nos llama a respetar los *cargos* de los que están en autoridad aun cuando sus *personalidades* dejen mucho que desear.

Sin embargo, la autoridad tiene sus límites. Dado que Dios no ha dado a nadie la autoridad para ordenarle que usted peque, es correcto desobedecer toda instrucción que contradiga la clara enseñanza de la Biblia (Hechos 4:18, 19; ver Daniel 3:9–18; 6:6–10). Cuando una persona en autoridad le instruye que haga algo que usted considera imprudente, injusto o pecaminoso, es apropiado que usted haga un reclamo e intente respetuosamente persuadir a esa persona para que haga lo que es correcto y prudente (Ester 7:1–6; Proverbios 25:15; Hechos 4:5–7; 24:1–26:32). Al hacerlo, es útil tratar de discernir el propósito o la meta de la persona en autoridad y tratar de ofrecer alternativas creativas que logren el mismo fin (suponiendo que es un fin correcto), pero hacerlo de una forma bíblica y eficiente (ej: 1 Samuel 25:1–35; Daniel 1:6–16; 2:14–16; Eclesiastés 8:2–5).<sup>34</sup> Si esto no lleva a la persona en autoridad a cambiar de curso, usted deberá obedecer toda instrucción que no viola la Biblia y confiar en que Dios se encargue de los resultados (1 Pedro 2:19–23).<sup>35</sup>

### ***Olvidar la Regla de Oro***

Tal vez la causa más frecuente de conflicto es cuando no seguimos la Regla de Oro, que Jesús enseñó en Mateo 7:12: “Así que en todo traten ustedes a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes. De hecho, esto es la ley y los profetas”. Para ver si usted ha violado esta enseñanza, hágase preguntas como éstas:

¿Me gustaría que la otra persona me trate como yo la he estado tratando?

¿Cómo me sentiría si me enterara de que otras personas están diciendo de mí lo que yo he estado diciendo de ella?

Si nuestras posiciones se invirtieran, ¿cómo me sentiría si la otra persona hiciera lo que yo he hecho?

Si alguien rompiera un contrato por las mismas razones que estoy usando yo, ¿consideraría que está bien?

Si yo fuera un empleado, ¿cómo me sentiría si fuera tratado de la misma forma que yo la he tratado a ella?

Si yo fuera dueño de esta empresa, ¿querría que mis empleados se comportaran de la forma en que yo me estoy comportando?

Cada vez que encuentra que no le gustaría que otra persona lo trate de la forma en que usted está tratando actualmente a otros, ha caído por debajo de la norma que Jesús estableció para regir todas las relaciones humanas. Si usted reconoce su falta a Dios y a la

persona que ha agraviado, puede comenzar a avanzar por el camino del perdón, el acuerdo y la reconciliación.

### ***Servir deseos pecaminosos***

Como vimos en el capítulo 5, el conflicto destructivo generalmente es causado por deseos insatisfechos que han obtenido el control de nuestro corazón. Estos deseos absorbentes, que también pueden denominarse ídolos del corazón, pueden incluir los siguientes:

*Los deseos impropios de placer físico*, también conocidos como lujurias de la carne, pueden llevar a la inmoralidad sexual, el comer en exceso, el juego, la pereza u otras expresiones de nuestra falta de moderación (1 Juan 2:15–17; ver Gálatas 5:16–21; Efesios 4:19).

*El orgullo y el deseo de siempre tener la razón* pueden hacer que tengamos una actitud defensiva, seamos reacios a reconocer nuestras fallas, lentos para aceptar consejos y rápidos para encontrar fallas en los demás (Proverbios 8:13; 2 Corintios 5:12; Santiago 3:14; 1 Juan 2:15–17).

*El amor al dinero u otras posesiones materiales*, que también puede aparecer como envidia, pueden llevar a la preocupación por la seguridad financiera, tentarnos a mentir, romper contratos, maltratar a empleados o buscar compulsivamente cosas innecesarias, o hacer que nos cueste perdonar deudas o mostrar misericordia a los demás (1 Timoteo 6:10; Efesios 5:5; Mateo 6:24; Lucas 12:16–21; 27–31; Hechos 5:1–3).

*El temor al hombre* podría involucrar un temor real de lo que los demás nos pueden hacer (Proverbios 29:25; Lucas 12:4, 5) o una preocupación excesiva por lo que otros piensan de nosotros, lo cual puede llevar a una preocupación por la aceptación, la aprobación, la popularidad, las comparaciones personales o por agradar a los demás (Juan 9:22; 12:42, 43; Gálatas 1:10; 1 Tesalonicenses 2:4). Este ídolo puede llevarnos a ser reacios a encarar los pecados serios, tentarnos a chismorrear o hacer otras cosas que sabemos que no están bien, y a que nos cueste reconocer nuestras fallas o pedir ayuda, lo que generalmente prolonga el conflicto.

*Las cosas buenas que queremos demasiado*. Como vimos en el capítulo anterior, algunos de los ídolos más difíciles de tratar son los buenos deseos que podemos elevar a exigencias, como el anhelo de amor, respeto, comodidad, conveniencia o éxito. Estas cosas, si bien beneficiosas en sí mismas, pueden convertirse en fuente de terribles conflictos si dejamos que tomen el control de nuestro corazón.

## **Los Siete Elementos de la Confesión**

Cuando Dios abre sus ojos para ver cómo ha pecado contra los demás, simultáneamente le ofrece un camino para encontrar libertad de sus faltas pasadas. Se llama confesión. Muchas personas nunca han experimentado esta libertad porque nunca han aprendido cómo confesar sus fallas honesta e incondicionalmente. En cambio, usan frases como: “Lamento si te lastimé”, “Simplemente olvidemos el pasado”, “Supongo que podría haber hecho un trabajo mejor” o “Seguramente no es toda tu culpa”. Estas afirmaciones simbólicas raramente producen perdón y reconciliación genuinos. Si usted realmente quiere hacer la

paz, pida a Dios que lo ayude a transmitir gracia reconociendo humilde y plenamente sus fallas. Para esto, considere los Siete Elementos de la Confesión.

### ***1. Diríjase a todas las personas involucradas***

Como regla general, usted debería confesar sus pecados a todas las personas que han sido afectadas directamente por sus faltas. Dado que todos los pecados ofenden a Dios al violar su voluntad, todos los pecados deberían ser confesados primero a Él (ver Salmos 32:5; 41:4).

Decidir si un pecado debe ser confesado a otras personas, además de Dios, depende de si fue un “pecado del corazón” o un “pecado social”. Un pecado del corazón tiene lugar sólo en sus pensamientos y no afecta directamente a otros. Por lo tanto, necesita ser confesado sólo a Dios.

Un pecado social involucra palabras o acciones que realmente afectan a otras personas. (Esto podría incluir acciones de comisión, como calumniar, robar o mentir, u actos de omisión, como no ayudar a una persona necesitada o ignorar a alguien.) Los pecados sociales deben ser confesados a quienes han sido afectados por ellos, sea un individuo o un grupo de personas que fueron afectadas o aun fueron testigos de las acciones de usted (ej: Lucas 19:8; Hechos 19:18). Sea cual fuere el caso, su confesión debería llegar tan lejos como su ofensa.

### ***2. Evite usar “si”, “pero” y “tal vez”***

La mejor forma de arruinar una confesión es usar palabras que desplazan la culpa hacia otros o que parecen minimizar o excusar su culpa. La forma más frecuente de hacer esto es decir: “Lamento si hice algo que te molestó”. La palabra *si* arruina esta confesión, porque da a entender que usted no sabe si hizo algo malo. El mensaje que está comunicando es éste: “Obviamente estás molesto por algo. Que yo sepa, no te hice nada malo, pero simplemente para sacarte de encima te daré una disculpa simbólica. Dicho sea de paso, ya que no sé si te he hecho algo malo, ciertamente no sé lo que debería hacer de otra forma en el futuro. Por lo tanto, no esperes que cambie. Es sólo cuestión de tiempo antes que vuelva a hacer lo mismo”.

Claramente, esta no es ninguna confesión. Es una declaración superficial pensada para lograr que alguien lo deje de molestar o para transferir la falta por romper una relación. No es de extrañar que raramente haya un verdadero perdón luego de este tipo de palabras. Note cómo las siguientes supuestas confesiones quedan diluidas de igual forma por las palabras en cursiva.

“*Tal vez* estuve mal”.

“*Probablemente* me podría haber esforzado más”.

“*Posiblemente* debería haber esperado hasta escuchar tu lado de la historia”.

“*Supongo* que estuve mal cuando dije esas cosas críticas acerca de ti”.

“No debería haber perdido los estribos, *pero estaba cansado*”.

Cada una de estas afirmaciones tendría valor si se omitieran las palabras en cursiva. Estas palabras neutralizan el resto de la confesión y destruyen su capacidad para transmitir un arrepentimiento sincero y ablandar el corazón de alguien que ha sido ofendido.

La palabra *pero* es especialmente dañina, porque tiene la extraña capacidad de cancelar todas las palabras que la preceden:

“Lamento haber herido tus sentimientos, *pero* realmente me alteraste”.

“Debería haber mantenido la boca cerrada, *pero* ella se lo buscó”.

“Sé que estuve mal, ¡*pero* tú también lo estuviste!”.

Cada vez que se hacen afirmaciones de este tipo, la mayoría de las personas perciben que el que las dice cree en las palabras que vienen después del *pero* más que en las que lo anteceden. Por lo tanto, una confesión que contiene la palabra *pero* raramente lleva a la reconciliación. Lo mismo ocurre cuando uno usa *sin embargo*, *si*, *tal vez*, o cualquier otra palabra que indica renuencia a aceptar plena responsabilidad por lo que uno ha hecho. Como predicó una vez Tony Evans: “Si contiene un ‘si’, no es una confesión”. Por lo tanto, propóngase eliminar ese tipo de palabras de su vocabulario cada vez que necesite hacer una confesión.

### **3. Reconozca concretamente**

Cuanto más *detallado* y específico sea cuando haga una confesión, más probabilidades tendrá de recibir una respuesta positiva. Los reconocimientos específicos ayudan a convencer a los demás de está enfrentando sinceramente lo que ha hecho, lo cual les facilita perdonarlo. Por ejemplo, en vez de decir “Sé que no soy un gran empleado”, usted podría decir: “Sé que he tenido una actitud muy negativa durante los últimos meses, lo que me ha llevado a ser crítico de otros y a perturbar la operación de esta oficina. Estuve especialmente mal al criticar tu trabajo en frente de otros ayer”.

Al intentar ser específico en sus confesiones, propóngase tratar con sus actitudes así como sus acciones. Como hemos visto, el conflicto comienza en el corazón, con deseos insatisfechos que dan lugar a actitudes pecaminosas como egoísmo, ingratitud, envidia, celos, amargura, resentimiento, fariseísmo o la ilusión de creernos moralmente superiores a los demás, deslealtad, insensibilidad y empeñamiento. Si usted identifica explícitamente sus deseos y actitudes así como sus palabras y acciones pecaminosas, es más probable que los demás crean que usted se ha arrepentido genuinamente.

En general, es acertado reconocer específicamente que lo que usted hizo violó la voluntad de Dios. Como dijo el hijo pródigo: “Papá, he pecado contra el cielo y contra ti” (Lucas 15:21). Estas palabras muestran que usted se da cuenta de que lo que hizo no fue un error de juicio menor, sino más bien una seria violación de la voluntad de Dios. Una de las formas más convincentes de mostrar que usted se da cuenta de que ha estado moralmente equivocado es identificar los principios bíblicos que ha violado. Aquí tiene algunos ejemplos de cómo puede hacer esto:

“Mis comentarios críticos no sólo te han lastimado a ti, sino que han ofendido a Dios también. He desobedecido su mandato de no calumniar a otros”.

“Finalmente me di cuenta de que he fallado completamente en ser el tipo de esposo que Dios quiere que sea. En Efesios dice que debo amarte como Cristo amó a la iglesia, pero no he estado ni cerca de vivir según esa norma”.

“Anoche pasé bastante tiempo estudiando lo que dice la Biblia acerca de las relaciones de empleo, y me doy cuenta de que no te he tratado de la forma en que Dios quiere que lo haga. Específicamente, he violado Efesios 6:9 cuando te amenacé”.

Esta clase de afirmaciones demuestran a la otra persona que usted sabe que su comportamiento estuvo mal. También lo ayudan a usted a centrarse en los principios bíblicos que necesita pedir a Dios que lo ayude a obedecer en el futuro, y esto lo ayudará a hacer los cambios necesarios para evitar errores similares.

#### ***4. Reconozca el daño***

Si usted quiere que una persona responda positivamente a una confesión, propóngase reconocer y expresar pena por cómo la ha lastimado o afectado. Su meta es mostrar que entiende cómo la otra persona se sintió como resultado de sus palabras o acciones. Aquí tiene dos ejemplos de cómo puede hacer esto:

“Tienes que haberte sentido tremendamente avergonzado cuando dije esas cosas frente a todos. Lamento muchísimo haberte hecho eso”.

“Puedo ver por qué te sentiste frustrado cuando no entregué los componentes a tiempo. Lamento no haber cumplir con mis compromisos para contigo”.

A veces es útil preguntar a la otra persona cómo se sintió como resultado del comportamiento de usted. Esto es especialmente acertado cuando sospecha que la otra persona se sintió dolida profundamente por su conducta o se muestra reacia a decírselo a usted. Otra forma de mostrar que está intentando entender cómo afectó a otros es describir una experiencia similar de su propia vida. Por ejemplo:

“Puedo imaginarme cómo te sientes. Yo fui acusado falsamente por un empleador también, y fue una de las peores experiencias de mi vida. Lamento haberte hecho pasar por lo mismo”.

“Estoy seguro que te dolió lo que hice. Recuerdo cuando un amigo íntimo mío no cumplió su promesa de ayudarme en un negocio que recién comenzaba. Trabajé durante meses, pero sin su ayuda simplemente no pudo funcionar. Me lastimó realmente lo que hizo. Lamento haberte fallado de una forma similar”.

Si bien uno no debe detenerse demasiado en los sentimientos, es importante mostrar que usted entiende cómo las otras personas se sienten y expresar una pena auténtica por haberlas lastimado. Una vez que sus sentimientos han sido reconocidos y se dan cuenta de que usted lamenta lo que ha hecho, la mayoría de las personas estarán más dispuestas a avanzar con el perdón.

#### ***5. Acepte las consecuencias***

Aceptar explícitamente las consecuencias de sus acciones es otra forma de demostrar un arrepentimiento genuino. El hijo pródigo demostró este principio. Luego de reconocer que había pecado contra Dios y contra su padre, decidió decir: “Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros” (Lucas 15:19).

De igual forma, si usted ha violado repetidamente la confianza de un empleador, tal vez necesite decir: “Usted tiene todo derecho a despedirme por lo que he hecho, y no lo culparía si lo hiciera”. O, si ha dañado la propiedad de una persona, tal vez necesite decir: “Me llevará algún tiempo ganar el dinero adicional, pero me encargaré de que su propiedad sea reparada o reemplazada cuanto antes”. (Fue una declaración de este tipo que hizo que la confesión de Zaqueo fuera tan creíble; ver Lucas 19:8.) O, si ayudó a difundir información falsa acerca de alguien, podría decir: “A partir de esta noche, voy a llamar a cada persona con la que he hablado para reconocer que lo que dije no era cierto”. Cuanto más se esfuerce por hacer restitución y reparar el daño que ha causado, más fácil será que otros crean su confesión y sean reconciliados con usted. (Ver el Anexo C para orientación más específica acerca de cuándo y cómo hacer restitución.)

## ***6. Cambie su comportamiento***

Otra señal de arrepentimiento sincero es explicar a la persona que usted ofendió cómo piensa cambiar su comportamiento en el futuro. En un nivel personal, esto podría involucrar algunos de los cambios de actitud, carácter y de comportamiento que espera hacer con la ayuda de Dios. Usted podría mencionar que piensa reunirse con un amigo, líder de iglesia o consejero que puedan darle consejos y hacer que rinda cuentas por los cambios que espera hacer.

Si usted es un empleador, podría redactar una nueva política sobre cómo capacitará y supervisará a empleados para impedir futuros malentendidos y conflictos. Si usted es un pastor, podría describir cómo llevará adelante cambios futuros en la iglesia para impedir una mala comunicación y asegurarse de que todos tengan la oportunidad de participar adecuadamente en las decisiones. Para reconocer que usted no puede cambiar por su cuenta y está dependiendo de Dios, generalmente es útil comenzar a describir su plan para el cambio con las palabras: “Con la ayuda de Dios, pienso hacer lo siguiente:...”

Un plan escrito para el cambio tiene varios beneficios. Demuestra que usted toma el asunto en serio y está dispuesto a dedicar un tiempo sustancial a planificar cómo cambiar. Listar metas y objetivos específicos ayuda a recordarle lo que se ha comprometido a hacer, y brinda una norma contra la cual se puede medir su progreso. Generalmente es útil pedir a la persona que ha agraviado que sugiera cómo puede cambiar usted. Ponga por escrito esas sugerencias y verifique con la persona periódicamente para ver si considera que usted está cumpliendo con sus compromisos. Al hacerlo, usted podrá trazar su progreso más objetivamente, y sus acciones seguirán demostrando que su confesión fue genuina.

## ***7. Pida perdón***

Si usted cumple con los seis elementos descritos anteriormente, muchas personas dirán de buena gana que lo perdonan. Si la persona a quien ha confesado no expresa perdón, sin embargo, usted podrá preguntarle: “¿Podría perdonarme, por favor?”. Esta pregunta es una señal de que ha hecho todo lo posible en forma de confesión, y que la responsabilidad de la próxima movida se ha desplazado hacia la otra persona. Esto a menudo ayudará a la persona ofendida a tomar y expresar la decisión de perdonarlo a usted. (Los detalles del perdón se tratarán en el capítulo 10.)

Sin embargo, tenga cuidado de no usar esta pregunta como una forma de presionar a alguien para que lo perdone. Algunas personas pueden perdonar rápidamente, mientras que

otras necesitan algún tiempo para elaborar sus sentimientos. Mi esposa es así. A veces, cuando la he lastimado profundamente y luego he confesado, necesita un tiempo para pensar y orar. Si la presiono para que diga: “Te perdono” demasiado rápidamente, le agrego una carga introduciendo sentimientos de culpa que pueden dar lugar a resentimiento y amargura. Por otra parte, si respeto su necesidad de un tiempo, ella generalmente vuelve a mí relativamente rápido y expresar de buena gana su perdón.

Si percibe que la persona a la que usted confesó simplemente no está lista para perdonarlo, podría ayudar decir algo como esto: “Sé que te he lastimado profundamente, y puedo entender por qué te puede costar perdonarme. Espero que pronto puedas perdonarme, porque tengo muchos deseos de reconciliarme. Entretanto, oraré por ti. Haré lo mejor que pueda para reparar el daño lo antes posible, y con la ayuda de Dios trabajaré para vencer mi mal carácter. Si hay alguna otra cosa que puedo hacer, por favor házmelo saber”.

El tiempo por sí solo no siempre traerá perdón. A veces el perdón queda inhibido porque la confesión no fue adecuada. Por lo tanto, cuando se demora el perdón, tal vez necesite volver a la persona que usted agravió y cubrir algunos de los pasos de la confesión más profundamente. Por ejemplo, tal vez no explicó adecuadamente cómo piensa reparar el daño que ha causado. O tal vez no logró entender y expresar la pena por la forma en que lastimó a la otra persona. Si indaga sensitivamente, a menudo podrá descubrir lo que está bloqueando el perdón y entonces ocuparse de ello.

Si el perdón se demora aún, tiene varias opciones. Si la persona es un cristiano que aparentemente no entiende lo que significa el perdón, puede ofrecerle un panfleto o un libro que hable del perdón (ver capítulo 10). Otra posibilidad sería alentar a la persona a tratar el problema con un pastor o un amigo cristiano maduro. Si ninguno de estos esfuerzos funciona luego de un período razonable de tiempo, tal vez necesite alistar a un pastor para que ayude a producir la reconciliación. Si estas posibilidades no están disponibles o no son eficaces, la oración y los pasos descritos en el capítulo 12 serán su último recurso.

No toda confesión requerirá los siete elementos. Las ofensas menores a menudo pueden manejarse con una declaración relativamente simple. Sin embargo, cuando más seria es la ofensa, más prudente es hacer una confesión completa usando los Siete Elementos de la Confesión.

Antes de dejar el tema de la confesión, debo ofrecer una importante advertencia. Cada vez que usamos un proceso como los Siete Elementos de la Confesión, podemos convertirlo en un ritual sin sentido y perder de vista por completo lo que Dios quiere que hagamos (ver Marcos 7:5–13; Lucas 11:42). En general, esto ocurre cuando usamos el proceso para nuestro propio beneficio en vez de verlo como un medio de glorificar a Dios y servir a otras personas. Me he encontrado recorriendo los Siete Elementos de la Confesión simplemente para sacarme una carga de las espaldas y minimizar las consecuencias de mi pecado. Al hacerlo, acumulé cargas mayores sobre la persona que ya había agraviado. (Dado que había “cumplido con mi deber”, la otra persona se sentía forzada a perdonarme, aun cuando percibía que mi confesión era mecánica e insincera.)

Pida a Dios que lo guarde de este pecado. Cuando vaya a confesar un agravio, recuerde que está allí para servir a la otra persona y no para lograr comodidad para usted. Céntrese en mostrar la obra amorosa de Dios en su vida y en ministrar a la persona que ha agraviado. Y, sea cual fuere la respuesta de la persona, esfuércese ardentemente por cumplir su compromiso de reparar todo daño que ha causado y de cambiar sus elecciones en el futuro. Este es el camino más rápido para la paz y la reconciliación genuinas.

## **Usted puede cambiar**

El paso final para encontrar libertad de un pecado específico es trabajar con Dios para cambiar sus actitudes y comportamiento en el futuro. Este proceso cumple la tercera oportunidad de la pacificación, a saber, crecer según la imagen de Cristo.

*Dios está ansioso por ayudarnos a crecer y cambiar* (ver Filipenses 1:6; 2:13; Romanos 8:28, 29; 1 Corintios 6:9–11; 2 Pedro 1:4). No hay ningún pecado o hábito en su vida que no pueda ser vencido por su gracia. Si ha confiado en Jesús, Dios ya le ha dado una nueva mente y una nueva naturaleza (Efesios 4:22–24). Y Él promete trabajar en usted para que pueda aprender a reemplazar su viejo y pecaminoso comportamiento por actitudes y hábitos piadosos (Efesios 4:22–32). Hay cuatro formas en las que usted puede cooperar con Dios en este proceso.

*Ore.* Agradezca a Dios por la obra salvadora que ya ha hecho en su vida y pídale que le dé fe para creer que usted puede realmente cambiar. Ore pidiendo que Él abra sus ojos para ver dónde quiere que crezca, y pídale fuerza para deshacerse a diario de sus viejas formas de pensar y comportarse, e incorporar nuevas formas que imiten a Cristo (Salmos 139:23, 24; Filipenses 1:9–11; Colosenses 1:9.12).

*Deléitese en el Señor.* Como vimos en el capítulo 5, la mejor forma de ir eliminando los deseos ídólatras de nuestro corazón es aprender a amar y adorar a Dios con todo nuestro corazón, nuestra mente, nuestras fuerzas y nuestra alma. Al centrarse en el Señor, usted descubrirá que Él puede brindar lo que los ídolos prometen pero no pueden entregar. Sólo Él puede dar gozo, paz, felicidad y seguridad duraderos (Efesios 1:18, 19). Al deleitarse más y más en el Señor, Él purificará su corazón y lo llenará de deseos que está ansioso por satisfacer (Ezequiel 36:25, 26; Salmos 37:4; Mateo 5:3–13). Y de ese nuevo corazón Él hará surgir el carácter de Cristo (Santiago 3:17, 18).

*Estudie.* La Biblia enfatiza frecuentemente la estrecha conexión entre el pensamiento transformado y el crecimiento del carácter (Romanos 8:6–8; 12:1, 2; 1 Corintios 2:9–16; Efesios 1:17–19; 4:22–24; Filipenses 1:9–11; Colosenses 1:9–12). La sabiduría, el conocimiento y la comprensión –todas cosas que involucran la mente– son importantes requisitos previos para la productividad espiritual. Dios no infunde nuestra mente misteriosamente con estas cualidades; más bien, al estudiar su Palabra regularmente y cuidadosamente, nos ayuda a entender sus principios y sus caminos de forma que nuestra mente es verdaderamente “renovada” y aprendemos cómo andar en sus caminos.

*Practique.* Como Pablo advirtió a los filipenses, no podemos cambiar a menos que pongamos lo que estamos aprendiendo en práctica (Filipenses 4:9). En otras cartas usa metáforas tomadas del atletismo para enseñar que las cualidades de carácter piadosas deben ser desarrolladas a través de una práctica disciplinada en la que buscamos vencer nuestras debilidades, dominar la técnicas correctas y hacer que un comportamiento deseado se vuelva natural y automático (1 Corintios 9:24–27; Filipenses 3:14; 2 Pedro 1:4–8). Como hemos visto, el conflicto brinda oportunidades excelentes para este tipo de práctica. Cuando se desarrolla una discusión, preste mucha atención al control de su lengua. Cuando sus deseos chocan con los de otra persona, recuerde el ejemplo de Jesús y sométase voluntariamente. O, si usted ha sido ofendido, pida a Dios que lo ayude a resistir el resentimiento y perdone como Él lo ha perdonado a usted. Con la ayuda de Dios y una práctica fiel, usted podrá desarrollar un carácter como el de Cristo, que demostrará su arrepentimiento y le permitirá disfrutar de los beneficios de la paz.

## Resumen y aplicación

Para ser un pacificador, usted necesita encarar sinceramente su propia contribución al conflicto. Como Pablo le dijo a Timoteo: “Si alguien se mantiene limpio [del pecado], llegará a ser un vaso noble, santificado, útil para el Señor y preparado para toda obra buena” (2 Timoteo 2:21). Este proceso de limpieza o purificación está inspirado en la promesa de Jesús de que ha perdonado nuestros pecados y quiere purificarnos de los ídolos y los hábitos que causan conflicto (1 Juan 1:9). Nos llama a cooperar en este proceso de arrepentimiento, autoexamen, confesión y cambio personal. Cuanto más fielmente usted tome de su gracia y siga estos pasos, más útil le será para hacer la paz. Al mismo tiempo, una vez que usted saque la paja de su propio ojo, estará mejor preparado para restaurar humildemente a los demás.

Si usted está involucrado actualmente en un conflicto, estas preguntas lo ayudarán a aplicar los principios presentados en este capítulo.

1. Al mirar atrás a la forma en que ha manejado este conflicto, ¿ve la necesidad de arrepentimiento y confesión? ¿Por qué?
2. Al hablar a otros y acerca de otros en esta situación, ¿ha usado su lengua como un arma con algunas de las siguientes clases de palabras? En caso afirmativo, describa lo que ha dicho.
  - Palabras imprudentes
  - Rezongar y quejarse
  - Falsedad
  - Chisme
  - Calumnia
  - Palabras vanas que no benefician ni edifican a otros.
3. ¿Ha intentado controlar a otros en esta situación? ¿Por qué y cómo?
4. ¿Es culpable de algunos de los siguientes pecados en esta situación? En caso afirmativo, describa lo que hizo o dejó de hacer.
  - Ira descontrolada
  - Amargura
  - Venganza
  - Pensamientos malos o maliciosos
  - Inmoralidad sexual
  - Abuso de sustancias
  - Pereza
  - Actitud defensiva
  - Autojustificación
  - Obstinación
  - Resistencia a consejos piadosos
  - Avaricia
  - Trabajo deficiente
  - Retener misericordia y perdón
  - Concesiones indebidas
  - Comportamiento compulsivo

No cumplir con su palabra  
Usar la autoridad indebidamente  
Rebelarse contra la autoridad  
No tratar a otros como usted quiere ser tratado

5. ¿Algunos de los siguientes ídolos influyó en su comportamiento en esta situación?  
¿De qué forma?
  - Lujurias de la carne
  - Orgullo
  - Amor al dinero
  - Temor de otros (o una preocupación excesiva por lo que otros piensan de usted)
  - Buenas cosas que usted desea excesivamente (deseos elevados a exigencias)
6. ¿De qué forma han contribuido sus pecados a este conflicto?
7. Escriba un bosquejo para su confesión.
  - a. Diríjase a todos los involucrados. ¿Ante quién necesita confesar?
  - b. Evite usar *si*, *pero* y *tal vez*. ¿Qué excusas y culpas debe evitar?
  - c. Reconozca concretamente. ¿Qué deseos ha permitido que lo gobiernen, y qué pecados ha cometido? ¿Qué principios bíblicos ha violado?
  - d. Reconozca el daño. ¿Cómo podrían sentirse otros como resultado de su pecado?
  - e. Acepte las consecuencias. ¿Qué consecuencias necesita aceptar usted? ¿Cómo puede revertir el daño que usted ha causado?
  - f. Cambie su comportamiento. ¿Qué cambios piensa hacer, con la ayuda de Dios, en la forma de pensar, hablar y comportarse en el futuro?
  - g. Pida perdón. ¿Qué cosas podrían hacer que la persona que usted ha agraviado sea reacia a perdonarlo? ¿Qué puede hacer usted para que le resulte más fácil perdonarlo?
8. ¿De qué forma quiere cambiar usted como resultado de este conflicto? Tome una cualidad de carácter que desea cambiar. Específicamente, ¿qué pasos puede dar para practicar esa cualidad?
9. Anote en su cuaderno, delante el Señor, una oración basada en los principios aprendidos en este capítulo.